



SANTO TRIDUO PASCUAL

Jueves Santo

Rememorando la Cena del Señor



Inicio del Triduo Pascual

Las Normas universales del año litúrgico y el calendario, documento que rige el ordenamiento litúrgico de la Iglesia nos instruye:

Ya que Jesucristo ha cumplido la obra de la redención de los hombres y de la glorificación perfecta de Dios principalmente por su misterio pascual, por el cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida, el Triduo santo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor es el punto culminante de todo el año litúrgico.

El Triduo pascual de la Pasión y de la Resurrección del Señor comienza con la Misa vespertina de la Cena del Señor, tiene su centro en la Vigilia pascual y acaba con las Vísperas del domingo de Resurrección.

Sentido Litúrgico del Jueves Santo

Nos enseña la Iglesia:

“Con la Misa que tiene lugar en las horas vespertinas del jueves de la Semana Santa, la Iglesia comienza el Triduo pascual y evoca aquella última cena, en la cual el Señor Jesús en la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los apóstoles para que los sumiesen, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también los ofreciesen” (CE, 297).

Toda la atención del espíritu debe centrarse en los misterios que se recuerdan en la Misa: es decir, la institución de la Eucaristía, la institución del Orden sacerdotal, y el mandamiento del Señor sobre la caridad fraterna.

Sugerencias para la celebración familiar

Posible ambientación

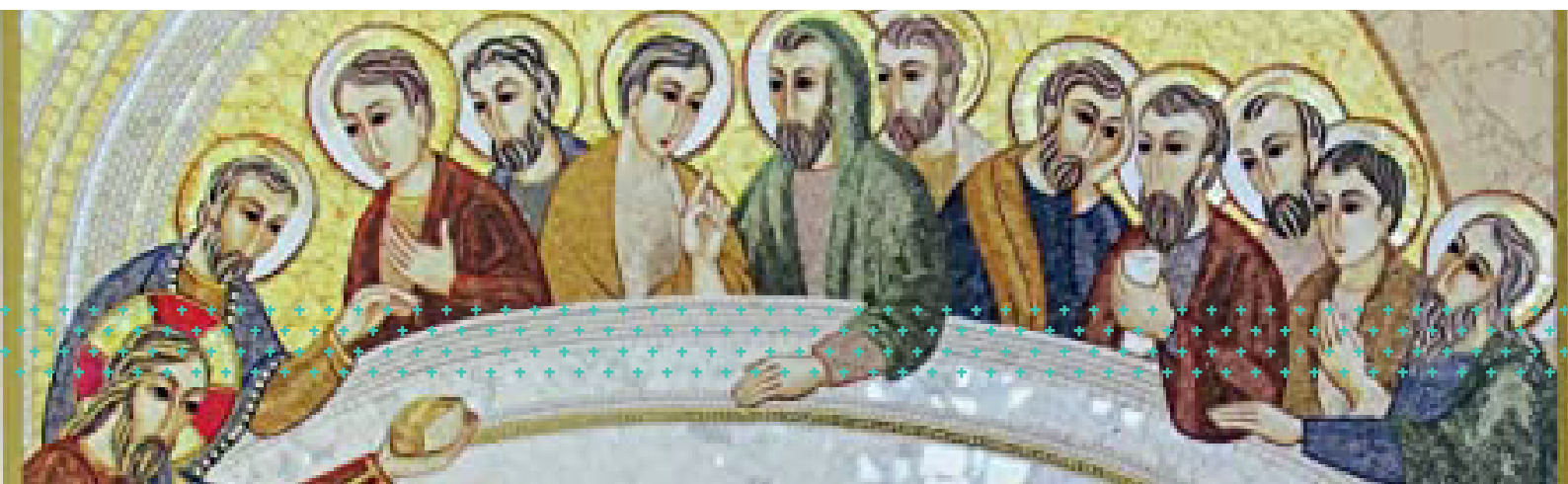
Ya que en este momento de oración se hará memoria de la Última Cena del Señor, podría realizarse en el comedor de la casa, en torno a la mesa familiar.

En una pared visible a todos se puede disponer una imagen de la Última Cena u otra imagen de Jesucristo que se tenga. También podría estar la imagen sobre la mesa o en un mueble cercano, cuidando que la imagen sea visible a todos.

Tiempo de la oración

Puesto que se hará memoria de la Última Cena del Señor, se sugiere que este momento de oración familiar tenga lugar hacia las 7 u 8 de la noche.

Concluida la oración podría tener lugar un momento de compartir alimentos.



Oración familiar

Reunidos todos los que participarán, podría entonarse un canto que evoque sentido de fraternidad. Se propone *Juntos cantando la alegría o Juntos como hermanos*.

Si no es posible cantar, todos pueden recitar juntos:

Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en él está nuestra salvación, vida y resurrección, por él hemos sido salvados y liberados.

El padre o madre de familia, o quien haya sido escogido para dirigir el momento de plegaria, dice, mientras todos se santiguan:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

Todos: Amén.

El que dirige la oración dice:

Bendito sea Dios Padre, que nos ha dado a su Hijo para hacernos hijos suyos y hermanos entre nosotros.

Todos: Bendito sea el Señor eternamente.

Uno de los participantes, designado previamente, lee:

Este año, hoy, Jueves Santo, no podemos participar en la Eucaristía, que actualiza aquella memorable cena en la que Jesús indicó a sus apóstoles e inició su entrega por nuestra salvación.

Pero somos Iglesia doméstica, la Iglesia que está viva en los creyentes, y por eso agradecemos a Dios, porque nos permite hacer memoria de los acontecimientos de salvación como familia, en el calor del hogar.

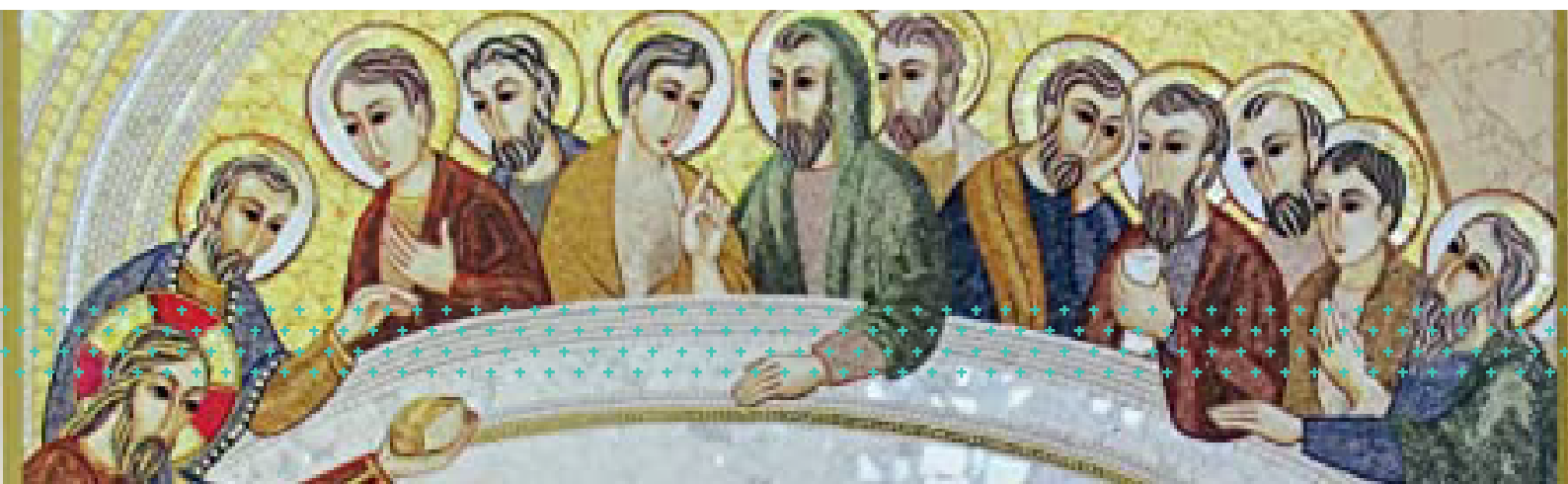
La intimidad familiar nos ayuda a empatizar con la intimidad del cenáculo, en la Última Cena de Jesús. Abramos nuestro corazón para acoger la palabra de Jesús. Es la Palabra de quien, amándonos hasta el extremo, nos hace el legado de un modo de vida que, en familia, ante todo, hemos de vivir.

Dispongámonos a experimentar la certeza de los cristianos: Jesús está en medio de nosotros, porque donde dos o más se reúnen en su nombre, allí está él.

Uno de los presentes lee la lectura de la primera carta a los Corintios 11, 23-26:

De la primera carta de san Pablo a los Corintios

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez les he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en conmemoración mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; cuantas veces beban de él, háganlo en conmemoración mía». Por eso, cada vez que ustedes comen de este pan y beben de este cáliz, anuncian la muerte del Señor, hasta que vuelva.





Terminada la lectura puede cantarse el estribillo:

Todos: EUCARISTÍA, MILAGRO DE AMOR
EUCARISTÍA, PRESENCIA DEL SEÑOR.

A continuación, alguno de los presentes lee el evangelio de san Juan 13, 1-15:

Del evangelio según san Juan

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, cuando el diablo ya había metido en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la idea de entregar a Jesús. Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en un lavatorio y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?» Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde».

Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo». Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También ustedes están limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos están limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman “el Maestro” y “el Señor”, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros; les he dado ejemplo, para que lo que hice con ustedes, ustedes también lo hagan».

En un momento de silencio se puede hacer una meditación en torno a las siguientes preguntas y se puede poner en común, libremente, lo meditado. También podría hacerse una puesta en común acerca de la Palabra de Dios escuchada, prescindiendo de las preguntas. También podría simplemente hacerse un silencio breve y continuar con la oración. Esta guía es una propuesta adaptable.

Preguntas para la reflexión

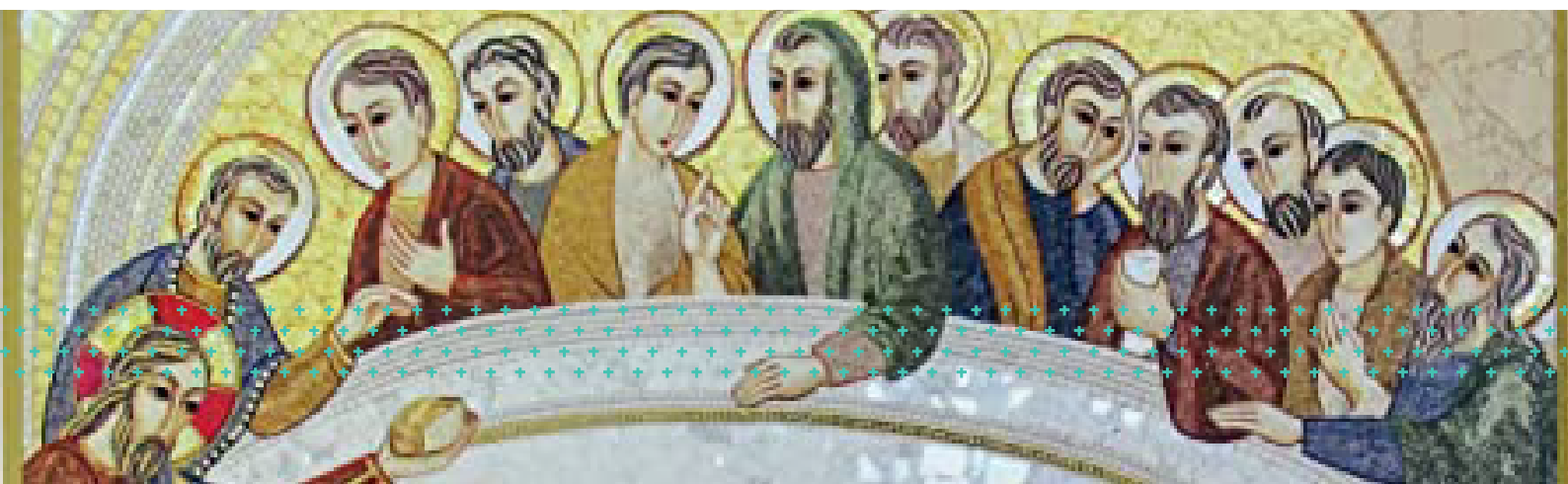
¿Valoro el don que Jesús nos ha hecho y ya las primeras comunidades celebraron, como testimonia la primera lectura? ¿Es importante para mí la Eucaristía como memoria de la entrega de Jesús por mí, por nosotros?

¿Qué suscita en mí la imagen de Jesús lavando los pies a sus discípulos, en actitud de sirviente, según el uso de la época?

“Si yo el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros”: ¿Entiendo que ser discípulo de Jesús me compromete a hacerme servidor de los hermanos, como Él?

¿Percibo la conexión entre participar de la Eucaristía y ser servidor de los demás?

El amor a Jesús se ha de demostrar en obras. ¿Estoy dispuesto a seguir su ejemplo, como él lo pide, amando y sirviendo a los hermanos?





Luego de la reflexión en silencio y/o compartida, si ha tenido lugar, uno de los presentes dice:

Cuando hemos participado en la misa de Jueves Santo, veíamos que el sacerdote lavaba los pies a algunos fieles. Imitando el gesto de Jesús, el sacerdote, lavando los pies, nos recordaba que si creemos en Jesús hemos de amar como Él, sirviendo efectivamente a los demás.

En la Última Cena, que fue un momento constitutivo de la Iglesia, Jesús, nuestro Señor, estableció la norma fundamental que hemos de vivir quienes en Él creemos: amarnos unos a otros. Y como lógica consecuencia de ese amor, hacernos servidores de los demás.

Dijo Jesús a sus discípulos:

«Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros como yo los he amado».

Todos: «En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se aman unos a otros».

Permanecen en ustedes la fe, la esperanza, el amor, estas tres: la más grande es el amor.

En este momento, los presentes pueden realizar un gesto simbólico que exprese el deseo de vivir el amor fraterno que Jesús dispuso como distintivo de sus discípulos.

Símbolo de fraternidad

Puede ser la expresión verbal de un compromiso de amor y servicio que se hace para con los demás miembros de la familia. Puede ser un pensamiento escrito que uno entrega a otro miembro de la familia. Puede ser un gesto de reconciliación si alguna desavenencia conviene sanarse. O se puede cantar algún canto que sea compromiso de que se reafirma la convicción de querer vivir según el estilo de Jesús, por ejemplo: *Un mandamiento nuevo nos dio el Señor o Amar es entregarse*.

Quien dirige la oración comunitaria invita a la plegaria:

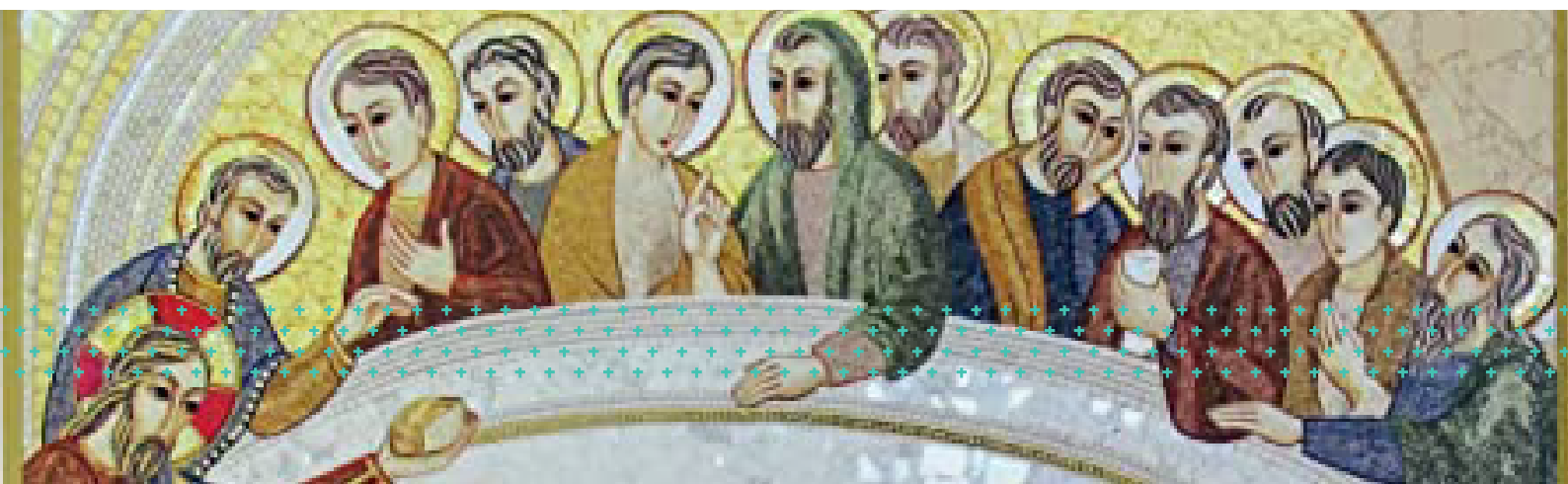
En esta noche que introduce el Triduo Pascual, remitiéndonos al cenáculo, nos adentramos en el misterio de la entrega de Jesús. La Eucaristía, que Jesús instituyó, es Pan para la vida del mundo, porque nos hace partícipes del amor de Aquel que se entrega por todos y nos impulsa a vivir la comunión fraterna y el servicio solidario.

Agradecidos al Señor, que ha querido quedarse con nosotros en el misterio eucarístico y que nos permite transmitir su amor a los demás, cumpliendo el mandato de amar como Él nos amó, elevemos nuestra alabanza y nuestra súplica.

Lector: Te damos gracias, Señor Jesús, por el sacramento de la Eucaristía, que nos has dejado como signo eficaz de tu presencia amorosa.

Todos: Que valoremos ese inmenso don que nos haces y aprendamos a salir de nosotros mismos, entregándonos a los hermanos en el servicio fraterno y solidario, aun en las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

Lector: Te agradecemos, Jesús, Señor nuestro, porque nos dejaste el mandamiento del amor, camino de verdadera realización humana.





Todos: Concédenos la gracia de reconocer tu rostro en cada hermano, especialmente en los más pequeños y vulnerables, y sirviéndoles a ellos, podamos servirte a Ti.

Lector: Te agradecemos porque donaste a tu Iglesia el ministerio sacerdotal, te agradecemos por el papa Francisco, nuestro arzobispo Carlos, los demás obispos, los sacerdotes, en especial por aquellos que nos guían en nuestra comunidad o son cercanos a nosotros porque nos han ayudado a caminar en la fe en algún momento de nuestra vida.

Todos: Renueva en ellos la efusión del Espíritu Santo que los ungió, para que por medio de su testimonio y servicio ministerial hagan presente tu amor en medio de aquellos a quienes sirven.

Lector: Te agradecemos, Jesús, porque nos enseñaste con tu vida entera y con el gesto del lavatorio de los pies, a hacernos servidores de los demás.

Todos: Te pedimos por el personal médico y de enfermería, personal técnico, de servicio y mantenimiento de los centros sanitarios para que continúen trabajando en las circunstancias de esta pandemia, con entrega generosa, con espíritu fraterno y solidario. Alivia su cansancio; aviva su solidaridad; sana sus posibles angustias y temores.

Lector: Te agradecemos, Jesús, porque te entregaste a la muerte para darnos vida eterna y verdadera.

Todos: Te pedimos hoy que concedas esa vida eterna a quienes han salido de este mundo en los días pasados a causa del coronavirus y a quienes ven que se acerca el final de su existencia, a causa de la enfermedad, concédeles la serenidad para afrontar el paso de este mundo al Padre como Tú lo viviste, abandonándote a la voluntad del Padre. Y a quienes han perdido a un ser querido, confórtalos con la esperanza de la vida eterna que solo Tú puedes donar.

El que dirige la oración dice:

Con Jesús, hagámonos cargo de los angustias y sufrimientos de tantos hombres y mujeres en esta hora de la historia. Con Jesús, renovemos nuestra confianza en el amor del Padre que no abandona a sus hijos y, fieles a la enseñanza del Maestro, digamos juntos:

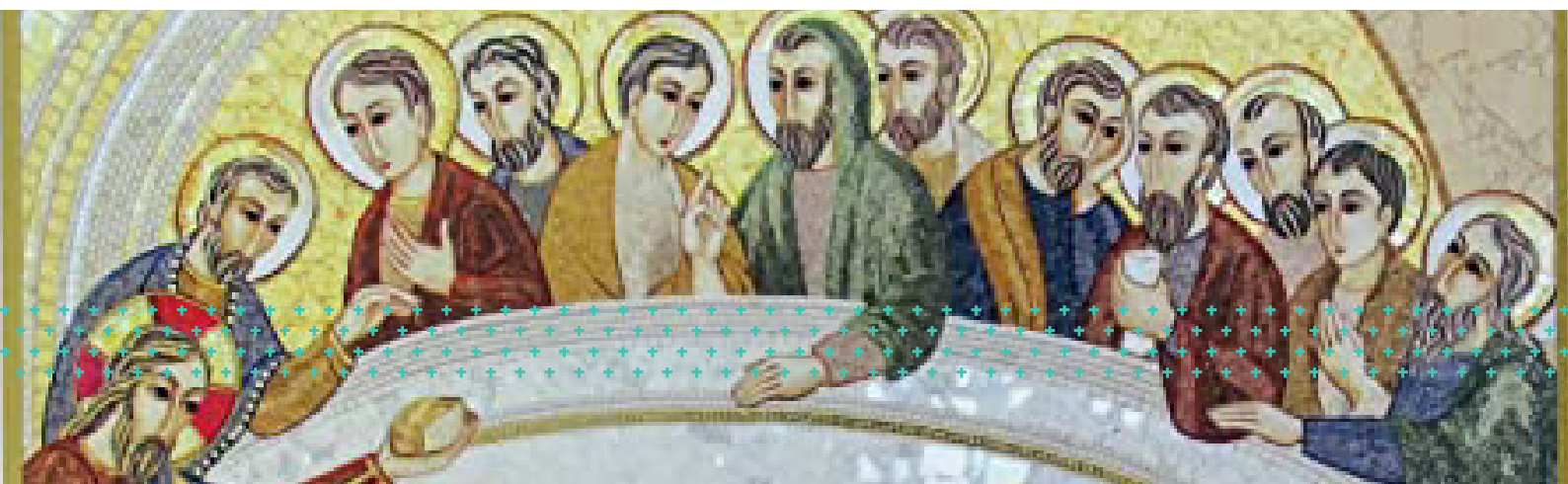
Todos: Padre nuestro...

El que dirige la oración dice:

Jesús, Maestro y Señor, que, habiendo amado a los tuyos, que somos nosotros, nos amaste hasta el extremo y por eso nos dejaste el sacramento de tu Presencia viva y verdadera que nos ayuda a vivir el mandamiento del amor, ayúdanos a aprender cada día cómo amar y servir a los hermanos, para transparentar tu amor hacia ellos, haciéndonos verdaderos discípulos y misioneros tuyos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

Y santiguándose dicen: El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.



Para la reflexión

La Eucaristía hace presente el sacrificio redentor de la Cruz, pues la celebración de la Eucaristía es memorial de la cruz y del entero misterio pascual. En la última cena, que hoy conmemoramos, se condensa toda la misión de Jesús, en particular, sus banquetes con los pecadores y el sentido de su venida como “el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45).

Jesús vive para los demás. Su vida es proexistencia, es decir, existencia-para-los-otros. Eso queda claro en el evento de su autoentrega a la muerte por nosotros; un evento anticipado en la cena, realizado en la cruz, y contenido en el memorial eucarístico entregado a la Iglesia.

En la Eucaristía el pan y el vino son signos de su cuerpo entregado y su sangre derramada, y hacen presente su persona (Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad) y también su misión de servicio a los hombres, sus hermanos.

El evangelio de san Juan no transmite el relato de la institución ritual de la Eucaristía en su narración de la Última Cena, lo cual es una opción coherente con la teología de este evangelista que no suele repetir lo que los Sinópticos transmiten. El cuarto evangelio centra su relato de la Última Cena en el lavatorio de los pies. Este gesto reemplaza, en el evangelio de san Juan, el relato de la institución de la eucaristía, revelando el sentido más profundo de la misma. El mensaje allí contenido es que la celebración eucarística alcanza su plena verdad y su efecto real sólo si los discípulos aceptan ponerse en la línea de cuanto Jesús ha vivido. El mandamiento expresado en los sinópticos con las palabras «Hagan esto en conmemoración mía», encuentra su equivalencia en el cuarto evangelio en las palabras de Jesús: «Ustedes me llaman el Maestro y Señor y dicen bien, porque lo soy. Si yo, el Maestro y el Señor les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que como he hecho yo, lo hagan también ustedes» (Jn 13, 12-13).

El mandato de Jesús «Hagan esto en conmemoración mía» transmitido por los evangelios sinópticos y san Pablo, encuentra su equivalencia en la expresión del evangelio de san Juan: «Yo les he dado ejemplo, para que como yo he hecho hagan también ustedes». Estos dos mandamientos son equivalentes, pero contienen una diferencia. En el primer caso se trata de hacer memoria, es algo referido a la liturgia; en el segundo caso se trata de hacer, es decir, es algo que se refiere a la vida.

Pero no se trata de elegir lo que más agrada, sino de dos actitudes complementarias.

Desde el evangelio somos invitados a pasar de la memoria ritual a la imitación existencial; de la celebración litúrgica a la vida de servicio; de la celebración y adoración a una vida que tiene forma eucarística en cuanto fomenta la comunión y el servicio fraterno.

La participación en la Santa Misa, la práctica de la comunión sacramental, la adoración al Santísimo Sacramento, deben prolongarse en una vida de comunión eclesial y de servicio y entrega generosa a los demás.

El esfuerzo de vivir en comunión, buscando la unidad eclesial y la solidaridad ante el dolor y necesidad de los hermanos son fruto de una verdadera piedad y devoción eucarísticas, que hemos de procurar si queremos ser fieles a Jesús. (PHD)

